

LOS JESUITAS.

ARTICULO ESCRITO

POR EL SR. LIC.

DON JOSE DE JESUS CUEVAS,
PARA LA VOZ DE MEXICO.



MORELIA: 1873.

Tip. de la V. é Hijos de Arango.
Calle del Veterano núm. 6.

BIBLIOTECA
U. A. N. V.

cual es la última palabra de nuestra historia? "Yo no conozco, dice, más beneméritos que los frailes. Mis verdaderos héroes son los jesuitas." Inclínemos con respeto la cabeza ante su fallo, que ella, nuestra historia, es quien lo dice.

Aun están frescas sus páginas y aun están vivos los testigos. ¡Desmentidla si podeis! No los retemos jamás á ese terreno. Lo que es, en el de nuestra historia, muy pequeños somos para luchar con los jesuitas en virtudes, talentos y heroísmo, ¡Oh! ¡sería un reto insensato! Valen más, mucho más, que nosotros, esos frailes! ¡Oh, si el pueblo llega á compararnos con ellos, nos va á ver como gusanos! Junto á nosotros se ven como colosos, aun cuando se pongan de rodillas!

IV.

Mas no volver la vista á lo pasado, sino fijarla bien en el presente, nos basta para persuadirnos que los jesuitas son una de las pocas esperanzas de salud que á México le restan. Jesuitas y ferrocarriles es la única verdad seria y sola la solución aceptable de nuestra política; lo

demás es tan solo el sofisma, primero, y la muerte después. No quiere uno confesarlo por no atribularse, pero realmente, sin jesuitas, ni el orden social puede concebirse entre nosotros.

La sociedad reposa sobre ciertas bases indefectibles que no pueden eliminarse sin que todo orden social perezca. En todas nuestras discusiones tal parece que hemos hecho el pacto tácito de extraviarnos y no partir jamás para ellas del único punto de partida que hay racional y verdadero. El orden social aun está informe entre nosotros. La nación sola la forman doscientos ó trescientos mil hombres, y el resto, hasta nueve millones, séres tan infortunados como dignos de amor, pero que no están, por desgracia, á la altura de ninguna de las ventajas sociales, ni en estado de llenar ninguna obligación civil. Los indios no se ilustran, no gozan, no producen, y casi tampoco consumen. El pueblo pobre apenas encuentra trabajo, y cuando se ocupa, tan miserable es el jornal, que no le sirve más que para no morir de hambre. Los ricos no encuentran más empleo para su dinero que la usura que se alimenta de la miseria, y las clases moralmente productoras, no encuentran otra aplicación á su actividad men-

tal que la opción al poder, sofisma práctico, perpetuo, que no sirve mas que para ahondar el abismo, destinado á engullirnos al fin á todos.

No estaremos, pues, socialmente constituidos miéntras los indios no sean moralizados é ilustrados, miéntras por la educacion, el pueblo pobre no eleve su jornal hasta lo necesario para los goces á que puede legítimamente aspirar, y para el establecimiento de sus familias; y miéntras no sean inculcados á nuestros ricos los deberes de la opulencia y desarraigado el corazon de nuestras clases ilustradas, el funesto sentimiento de que la patria es una presa, recompensa legítima de sus afanes. ¿Pero es esto asequible sin jesuitas? Más de medio siglo de propia experiencia debe persuadirnos que son impotentes para alcanzar tan altos fines todas nuestras facciones y partidos, todos nuestros poderes y todas nuestras leyes. No hay ejemplo de que comarca alguna haya sido civilizada por algun congreso, de que poder alguno haya ilustrados á los indios, de que merced á una ley el pobre haya alcanzado trabajo y paz. La ciencia política es tan profundamente lógica como la naturaleza misma, y se venga cruelmente de los que la ultrajan. El principio re-

ligioso es el primero y fundamental cimiento de toda civilización. Nosotros tratamos de eliminarlo en todo y por completo, y esta es la causa radical de nuestros males.

Las naciones todas comprendiendo, que el principio moral es, independientemente de toda idea religiosa, el verdadero fundamento de la sociedad, procuran arraigarlo y respetarlo. Los pueblos mismos donde el clero ha sido despojado de sus bienes por la más torpe de las codicias y la más brutal de las violencias, han cuidado de dotarlo, al ménos, para que pueda seguir en sus trascendentales funciones bien persuadidos de que un solo sacerdote representa mayor suma de fuerza moral que todo un ejército. El clero entre nosotros era el más eficaz elemento para nuestra constitucion social, el único obrero capaz de civilizar al salvaje, de ilustrar al indio, y de hacer surgir, en una palabra, del caos la vida social; pero despojada la Iglesia, entre nosotros, por completo de sus bienes, reducido á la última más espantosa miseria al clero católico, perseguido con una obstinacion verdaderamente diabólica por lo injusto y lo perstinaz, el clero amenaza extinguirse en la generacion presente, y es ya desde

luego insuficiente para ocurrir á las más apremiantes necesidades, para impedir, al ménos, miéntras cambia nuestro destino, que los pueblos vuelvan en masa á la idolatría y á la barbárie.

Solo los jesuitas, esos sublimes aventureros de la caridad, para los que no hay distancia ni peligro; esa legión sagrada que vuela sin miedo á cualquier punto de la tierra donde hay dificultades que vencer y que no retrocede ni ante el martirio, son los que pueden venir en ayuda de nuestros sacerdotes católicos, sus hermanos por la fé, la esperanza y la caridad; sus hermanos por una misma abnegacion heróica, y constancia sobrehumana. Se trata de dividir á los jesuitas y al clero católico. Se pretende sembrar la zizaña entre ellos y los prelados de México. ¡Qué proyecto tan satánico, pero tan insensato! ¿Quién será capaz de separar á los que están unidos en Jesueristo?

Es la verdad amarga y la disyuntiva es terrible, pero por más que nos repugne es necesario elegir. Clero católico y jesuitas, ó barbárie plena. No hay medio. ¡Elegid pues!

V.

Aun cuando fuera posible concebir el político sin el orden social, que su base necesaria é indispensable fundamento, las instituciones democráticas apénas serian posibles entre nosotros sin los jesuitas. Estos son los que más eficazmente pueden cooperar á que sea en México una verdad práctica la democracia. Paradoxico parece semejante aserto á los enemigos de los Jesuitas, pero sin embargo, es una verdad de óbia y de fácil demostracion.

La educacion pública y los hábitos republicanos son el eje, por decirlo así, de toda democracia verdadera. Suiza y los Estados- Unidos bien han comprendido y aprovechádose de esa verdad. Nosotros no podemos dudar de ella sin negar la evidencia y ponernos en contradiccion con los más perceptibles hechos contemporáneos. Pero sin jesuitas no hay educacion pública posible entre nosotros, y los hábitos republicanos tardarian sin ellos mucho tiempo en criarse en México. Solo los que están ciegos

verdaderamente en su odio al catolicismo, pueden creer que la expulsion de los jesuitas aproveche á la democracia.

No necesitamos entrar en detalles para persuadir que los jesuitas son no solo los hombres más capaces para educar á nuestra juventud, sino los únicos de quienes podemos en las actuales circunstancias esperar tan inmenso beneficio. Los hechos no necesitan demostrarse, y la experiencia es la mejor de las pruebas. ¿Hoy día hay en todo el país plantel alguno civil donde la juventud puede educarse convenientemente? El plan de estudios que en ella rije es no solo absurdo sino de una aplicacion realmente imposible. Niños de doce á trece años, segun él deben estudiar y aprender en un mismo año inglés, español, química, griego, física y astronomía. En otros años deben estudiar historia natural, lógica y matemáticas; en una palabra, sus estudios todos están combinados de tal manera que no la débil cabeza de un niño, sino el poderoso cerebro de Leibnitz de Newton y de Pascal, se relajarian con ese haz de ciencias tan heterogeneas.

En cuanto al sistema disciplinario, á niños que aun no están en la edad del discernimiento

se les ha hechos jueces de las religiones y árbitros absolutos del culto que hayan de seguir, lo que ha dado, como era de esperarse, el resultado que opten en lo general por las más cómodas de las teogonías, el ateismo, el materialismo y la indiferencia religiosa. Los profesores, por otra parte, raras veces reciben su mezuquino sueldo, y por lo comun los fondos no alcanzan á cubrir el presupuesto de la instruccion pública. ¿De este caos de miseria y de desórden qué podemos racionalmente esperar? Que los establecimientos destinados á formar en virtud y ciencia á la juventud se conviertan en viveros de la ignorancia y la impiedad. La frase es dura; pero si no ponemos remedio y en el acto á tan imponderable mal, vamos á darle dentro de algunos años, mucho quehacer al verdugo. Si con la actual generacion, que fué educada bajo tan sanos principios, el país ha sido trastornado hasta sus cimientos, y tan espantosamente aniquilado ¿qué podemos esperar de una generacion amamantada en el desórden y sistemáticamente educada para el mal?

Uno de los mas graves defectos de nuestro carácter es no dejar jamas importancia á las cosas serias. Del mal estado de la instruccion

pública ninguna autoridad se ocupa, pero los desgraciados padres de familia se hallan en la mayor afliccion. No encuentran manera de educar á sus hijos ni ven otro porvenir para estos que la miseria ó el patriotismo, ese terrible y funesto patriotismo que comienza por falsear el sufragio de una aldea y acaba por llenar de riquezas o de consideraciones á él, y de miseria é infortunios á la nacion. ¡Oh es una cosa terrible! Nuestra juventud toda, lo mismo la rica que la pobre, la varonil que la femenina, no tiene educacion ni porvenir. Si este mal sigue adelante, no será imposible que en nosotros termine la generación, que nos extingamos todos en la impotencia y la miseria.

El solo remedio, es encontrár profesores apatos, abnegados, gratuitos é infatigables que por medio de una educacion virtuosa y apropiada, preparen á la juventud los caminos del trabajo y la abundancia; profesores que sin cesar trabajen; que lo hagan por amor á Dios y bien de los hombres, y que no aspiren á ninguna recompensa terrenal. Inútil es decir que profesores de tales aptitudes y bajo tales condiciones, solo pueden encontrarse en el clero católico y especialmente entre los jesuitas. Sin

ellos, pues, ó nos extinguimos en la presente generacion de miseria é ignorancia, ó consentimos en dar el dia á una generacion tal, que desbordándose en crímenas, no la podamos contener mañana, más que con gendarmes, jurados y patíbulos.

No hay en todo el país hoy más que dos ó tres seminarios faltos de personal y de fondos, donde la juventud pueda encontrar algun asilo. En conciencia y sin espíritu de partido, debemos convenir en que fuera de ellos no hay plantales de educacion que sean aceptables todos, ni completo ninguno. No hay la más remota esperanza de que la generosidad de los testadores vuelva á fundar los caudales de la instruccion pública. ¿Desde este instante qué es lo que hacemos, pues, con esa juventud que crece cada dia?

Si los jesuitas por venir nos pidieran todas las rentas nacionales de diez años ó la mitad del territorio, se los deberiamos dar con la sola condicion de que se hicieran cargo de educar á nuestra juventud. Hemos llegado ya al borde del abismo, y no hay más camino, que jesuitas hoy ó cadalsos mañana?

Que os parecen los americanos? No os asom-

ora su prosperidad creciente y fabulosa? Pues casi no hay colegios en los Estados Unidos que no estén en mano de los jesuitas, ni escuelas de niñas que no dirigan las hermanas de la "Caridad" ó las del "Sagrado Corazon." El árbol se conoce por sus frutos."

VI.

Y tanto como la educacion de la juventud, podrian entre nosotros cooperar al afianzamiento de las instituciones que hemos adoptado, y que lo peor de todo seria que las violásemos, porque entónces careceriamos de toda institucion política. Lo más difícil en la democracia y lo mas indispensable en ella, es darle buen sentido y justificacion á la opinion pública, que tan grande influencia debe ejercer en el sistema republicano, sobre todos los poderes que resumen la soberania de una nacion. Este es uno de los más grandes elementos de la prosperidad con que cuenta la Union Americana. En medio de la grande libertad de pensamiento y de accion que en ella reina, en medio de esa voráGINE de pasiones que agita toda democracia, el poder cuenta siempre con el decisivo apoyo de

la opinion pública para el mantenimiento del órden y para la ejecucion de todo pensamiento sensato y de toda determinacion justa. Sin la opinion pública formada en verdad y en justicia, toda democracia es imposible; porque no puede vivir faltándole, por decirlo así, esta atmósfera en que alienta.

Entre nosotros, por desgracia, la opinion pública, que es en estension reducidísima por la falta de ilustracion de nuestras clases pobres, se halla, por otra parte, tan profundamente pervertida que en lugar de servir al poder de apoyo para el bien y de contrapeso para el mal, solo le sirve para tiranizarlo y mas hundirlo en el abismo. El poder entre nosotros, casi pudiera definirse rectamente, la triste facultad de hacer el mal, muchas veces contra la propia voluntad y las mejores intenciones. En teoría hemos adoptado las formas democráticas y el lenguaje republicano, pero en la realidad, jamas ha habido democracia entre nosotros, pues no estando formada la opinion pública, el poder ha sido siempre esclavo de facciones reducidas é inquietas que lo han convertido en su instrumento.

Sin razon tememos los excesos de la tiranía y

LOS JESUITAS

ARTÍCULO PRIMERO

POR EL SR. LIC.

DON JUAN DE LOS RIOS

PARA LA Voz DE MEXICO



MORILLA 1873

Tip. de la V. e Hijos de Arango
Calle del Fomento núm. 6

LOS JESUITAS.

La guerra es al catolicismo, y el pretexto son los jesuitas. Una grande tempestad se ha levantado contra ellos. ¿Se sobrepondrá á toda razon, á toda ley y justicia? Pues que los jesuitas son el pretexto para ultrajar á los católicos que forman la inmensa mayoría del país, examinemos la cuestión de los jesuitas en México, bajo su aspecto histórico, social, político y legal.

¿Pero que es lo que nos mueve á escribir? ¿Nos ha comprado el oro de los jesuitas? ¿Estamos fanatizados por ellos? Puesto que ser católicos es el crimen que se les imputa, comencemos por declarar, que en cuanto nos es per-

mitido serlo somos jesuitas tambien. Mas no es ahora su defensa, por cierto, la que nos mueve á escribir, sino la de la patria, y tambien por extraño que parezca, la de la libertad. Queremos cooperar, en cuanto nos sea dable, á horrarle á México una nueva vergüenza, evitando que en su nombre se cometa una violencia indigna de un pueblo civilizado.

Deseamos manifestar al pueblo quiénes han sido y quiénes son los jesuitas. Es justo que el pueblo sepa la verdad. Nosotros nos proponemos ser mas que los vulgarizadores de una gran cuestion que mucho le interesa. Sin los jesuitas, el órden social y la educasion de la juventud son cosas imposibles en México. Los jesuitas serian en México los más eficaces obreros de la democracia y de la libertad. Por paradojal que esto último parezca, creemos sin embargo poder demostrar tambien.

Deseáramos ser escuchados con paciencia al ménos. Para entrar en la cuestion, nuestro derecho lo creemos indisputable. Cuando la calumnia ha lanzado ya su última inpostura y el odio escupido su final insulto, tiempo es de hablar en nombre de la verdad, de la razon y la justicia. La ley, sobre todo, nos da el derecho

de escribir. Escribámos, pues, lo que creámos justo y verdadero, con un animo superior á toda injuria á todo amor propio. ¡No siempre es dulce la verdad ni lisonjera la justicia! ¡No todos las escuchan con respeto.

No queremos lanzar un nuevo rayo en la tempestad; pero tampoco seríamos capaces de sacrificar la mas santa y noble de las causas, la de los buenos y débiles a las pasiones agresoras é injustas. Entremos, pues, en la cuestion.

II.

¿Sabeis quienes son los jesuitas, lo que quieren y lo que hacen? ¿Habeis estudiado su historia? ¿Conoseis su origen?.....

En 1521, con el objeto de recobrar para Juana de Albret, el trono de Navarra, un numeroso ejército francés pasó sus fronteras, tomó Pamplona y asalto despues la ciudadela de esta capital, donde se defendia un jóven héroe con un puñado de valientes. La ciudadela fué tomada al fin, su guarnicion pasada á cuchillo en el acto, su noble gefe era el único que quedaba gravemente herido, recostado contra un muro de la fortaleza, desangrado y casi exáni-

me. Agolizando ya empuñaba la espada todavía, cuando los vencedores le dijeron: "Ríndete." "Jamás" contestó él. Le pidieron la espada y con la voz de un moribundo é incorporándose con un esfuerzo supremo, solo les dijo "Arrancádmela si podeis." Este nuevo leonidas, se llamaba Iñigo Oñez, señor solariego de Loyola.

A la Virgen que le salvo de tan peligroso trance, le hizo voto de ir á su santuario de Manresa en peregrinacion, y despues á Jerusalem. Estuvo primero en Manresa entregado á la penitencia, al servicio de los pobres y á la contemplacion.

Fué en peregrinacion á Jerusalem, volvió á la españa, recorrió la Italia, estuvo en Francia, en Flandes y en Inglaterra, estudió las ciencias conoció á los pueblos y á los hombres y profundizó hasta sus últimos pliegues el corazon humano. Tenia la inteligencia de un génio, el corazon de un héroe y la virtud de un santo. Cuando volvió á Francia encontró en Santa Bárbara seis hombres dignos de él, que en el altar de la Iglesia de Montemartre, y en presencia de un crucifijo juraron ser castos, ser pobres obedientes y consagrarse sin límites para gloria

de Dios al bien de los hombres. Este fue San Ignacio de Loyola. Este fué el origen de la Compañía de Jesus.

Fueron sus primeros miembros, Pedro Lefevre el pastor de la Saboya, que será más tarde el atleta del catolicismo en Mayenza; Salmeron que hablará todas las lenguas sábias como su lengua nativa; Bobadilla el insigne teólogo Rodriguez Asevedo, el ilustre martir; Lainez, inteligencia y corazon de ángel, que hará que el Concilio de Trento suspenda sus sesiones para oírle, ántes de resolver, y que al mismo tiempo barrerá las salas del hospital de esa ciudad, como el último sirviente de los sirvientes de los pobres; y Francisco Javier, en fin, que se lanzó al Asia para conquistar cincuenta y dos reinos al cristianismo y á la civilizacion, y que bautizará un millon de infieles por su propia mano.

La compañía de Jesus; nacida desde el juramento de Montmartre, al primer siglo de su existencia extendida ya por todo el mundo, habia producido mayor número de sábios insignes en todos los ramos del saber humano, que todas las demás órdenes religiosas reunidas; en Asia, Africa y America, habia penetrado con

sus misiones más allá de donde han llegado con su hierro y sus teas los conquistadores, y con su oro los mercaderes. No hay monarca donde no haya dejado estampadas sus huellas, mar que no halla cruzado, ni region tan distante que no este enrojesida con la sangre de sus mártires. Lo que la Compañía de Jesus queria y hacia entónces, es lo mismo que ahora quiere y practica.

Para mayor gloria de Dios, y salud de los hombres es su solo fin. Los medios de que se vale para conseguirlo, son los mismos de que se sirve la Iglesia Católica, los mismos que enseña y practica Jesucristo: la predicacion, el ejemplo el apostolado, la caridad, y el martirio.

No tiene "estatutos secretos" ni "mónitas reservadas." Su libro supremo es el Evangelio y sus dos libros especiales, "Los Ejercicios Esprituales y las constituciones de San Ignacio," que no hay lengua culta en que no estén traducidos. De los Ejercicios Esprituales, decia San Francisco de Sales, que ademas de un santo era un sábio ilustre: "Han salvado mayor número de almas que número de letras contienen," y la experiencia ha confirmado que poseen el don sigular de trasformar á los hombres en ángeles. Richielieu, decia tambien de las

Constituciones. "Es el monumento mas admirable del génio humano que yo conozco."

Pero no atendais con respeto á los jesuitas al testimonio de los católicos, sino al de sus enemigos. Federico II de Prusia escribia á Voltaire: "He conservado esta orden, buena ó mala, tan hereje como soy y aun incrédulo, y estos son los motivos: en nuestro país no se halla algun literato sino entre los jesuitas, y no tenemos otras personas para enseñar los cursos como ellos." Y Voltaire, tan repugnante y sínico como su real amigo, dice por otra parte: "En los muchos años que viví con esos frailes, nada malo ví entre ellos."

Bacon, Leibnitz y Grocio, los tres hombres más eminentes del prtestantismo, en su admiracion por la Compañía de Jesus, no pudieron ménos de llenarla de alabanzas. Esta es la historia de la Compañía de Jesus, Podeis consultarla en Cantú, en Robertson, en Balaguer, en el texto que querais. En presencia de tales testimonios bien podemos desechar el de Eugenio Sue, y tener por incompetentes para juzgar á los jesuitas ante la historia (sin necesidad de hacer para esto un gran esfuerzo de humildad) á las plumas de nuestra prensa y á los oradores

de nuestra degenerada tribuna. En presencia de la Sociedad de Jesus, puede decirse lo que Bossuet decia del pueblo romano; "es lo mas grande que ha existido y lo mas grande tai vez que existirá sobre la tierra.

Inspirado estuvo el Pontífice Paulo III cuando exclamó al aprobarla: "Digitus Dei hic est." —Aquí está el dedo de Dios.

III.

Por último es recurrir á estraña historia para conocer á los jesuitas. La propia nos basta para admirarles. Lo que ha dicho uno de nuestros mas distinguides literatos, que la historia de México es realmente la de dos trabajos y virtudes de las órdenes religiosas que vinieron á nuestro país, con especialidad debe referirse á la Compañía de Jesus. Podeis desde California á Yucatan, preguntar á los pueblos, á las aldeas y á las ciudades, ¿quienes fueron?

Mucho les conosieron por sus incontables beneficios nuestros antecesores, y los recuerdan todavía con incomparable gratitud. Lo primero que debemos hacer para atacarlos es rasgar las mas bellas páginas de nuestra historia. Ata-

carlos en presencia de ellas es más que una abominacion, es casi un parricidio.

No hay en nuestros campos obra agrícola algun bien meditada y de importancia, edificio grandioso en nuestras ciudades, plantel de educacion para la juventud bien establecido, fundacion verdaderamente benéfico [al pueblo desvalido, que no lleve impreso el grandioso sello de la Compañía de Jesus. Ellos educaron á nuestros hombres más distinguidos en las letras y de esa Orden salieron los hombres más eminentes de nuestra literatura. Clavijero y Cobo fueron jesuitas. D. Carlos de Sigüenza y Góngora, Alegre, Nuñez de Miranda y otros muchos, casi todos los que se han distinguido entre nosotros en algun ramo del saber humano, pertenecientes á la Compañía de Jesus. Cuando en el año de 1767 fueron tan bárbaramente expulsados de la Nueva España las gentes, dicen los historiadores, salieron por las calles en todas las poblaciones donde habia jesuitas, llorando y dando lastimosos alaridos como si fueran á quedar huérfanas.

Los jesuitas, sin embargo, han sido calumniados en México, como lo han sido en todas partes por los malos. ¿Pero cuales son los críme-

nes que se les imputan? Su mejor defensa son las acusaciones que se les dirigen. Se dice que fanatican y dominan al pueblo. Si moralizar é ilustrar á los pueblos es fanatizarlos, debemos confesar entónces que el fanatismo es una gran virtud y que vale más que el progreso que embrutece y que la libertad que degrada. Es cierto que los jesuitas ejercen una grande influencia moral, pero si esta santa influencia es un crimen no son ellos los culpables si no la naturaleza. ¿Pues sería posible que no ejercieran ninguna la virtud, la sabiduría y la abnegación reunidas? Sería, no solo un absurdo moral, sino un imposible metafísico que la rapiña la ignorancia y la maldad, tuviesen mayor prestigio en el mundo que el génio y el heroísmo.

Es un temor pueril é infundado que al soplo de unos cuantos jesuitas desaparezcan la Constitución y las leyes llamadas de Reforma, ó esta Constitución y estas leyes son de tal manera malas, endebleles, hasta tal punto, hasta tal extremo indignas de vivir, que ántes que los jesuitas las derriben, nosotros debemos abolirlas por inútiles y absurdas. Esta disyuntiva no admite medio para los que padecen esa lamentable idolatría legal, y se entrega al culto abomi-

nable y supersticioso de esas leyes.

Mayor mal han causado á la libertad las leyes que se han dictado en su nombre y para su defensa, que todas las persecuciones de los tiranos. Con razon Schiller decia: "¡Libertad, libertad, solo vives en la region de las quimeras, solo eres amable y pura en el mundo impalpable del pensamiento, pues en toda la redondez de la tierra no has dejado lugar ni para diez hombres felices!" La libertad de la tierra, Schiller tenia razon, muestra la faz de un ángel y tiene el corazon de un demonio. Si la verdadera libertad tuviese en el mundo una existencia personal, quizá los jesuitas serian los únicos dignos de cuidarla y defenderla.

Por más, pues, que la calumnia levante su impudente voz, nuestra historia es apenas de ayer, y no puede falsearla. Los jesuitas en México han hecho más en favor del país, que todos nuestros congresos federales, y que todas nuestras legislaturas. Preguntadle á un pobre, preguntadle á un indio, á un sabio ó á un salvaje, á todo el verdadero pueblo, al que sufre y trabaja, al que desea el bien de la nacion y nada apetece para si, preguntadle si cambia un solo jesuita por toda una asamblea. ¿Sabeis